

E. M. Cioran

Las dos verdades

“La hora de cerrar ha sonado en los jardines de Occidente.”

Cyril Connolly

Según una leyenda de inspiración gnóstica, una lucha se entabló en el cielo entre los ángeles; en ella, los partidarios de Miguel vencieron a los partidarios del Dragón. Aquellos ángeles que, indecisos, se contentaron con mirar, fueron relegados aquí abajo con el fin de que llevaran a cabo la decisión de optar que no habían podido efectuar allá arriba, opción tanto más difícil cuanto que no traían consigo ningún recuerdo del combate, ni, mucho menos, de su propia actitud ambigua.

Así, el comienzo de la historia tendría por causa una fluctuación, y el hombre sería el resultado de una vacilación original, de la incapacidad en que se encontraba, antes de su destierro, para tomar partido. Arrojado a la tierra para aprender a optar, estará condenado al acto, a la aventura, y no lo logrará cabalmente sino en la medida en que haya ahogado dentro de sí al espectador. Ya que sólo el cielo permite la neutralidad hasta cierto grado, la historia, por el contrario, aparecerá como un castigo para aquellos que, antes de encarnar, no encontraban ninguna razón para decidirse por uno u otro partido. Se comprende por qué los humanos tienen tanta prisa por adherirse a una causa, por aglutinarse, por reunirse alrededor de una verdad. ¿Alrededor de qué especie de verdad?

En el budismo tardío, especialmente en la escuela *Madyamika*, el acento está puesto en la oposición radical entre la verdad verdadera o *paramartha*, pertenencia del liberado, y la verdad común o *samvriti*, verdad “velada”, o, mejor dicho, “verdad de error”, privilegio o maldición del no-liberado.

La verdad verdadera, que asume todos los riesgos, inclusive el de la negación de toda verdad, y de la idea misma de verdad, es la prerrogativa del inactivo, de aquel que se sitúa deliberadamente fuera de los actos y para quien sólo cuenta la comprensión (brusca o metódica, poco importa) de la insubstancialidad, comprensión que no va acompañada de ningún sentimiento de frustración, por el contrario, pues la apertura a la no-realidad implica un misterioso enriquecimiento. Para él la historia será un mal sueño al que se resignará, porque de todas maneras nadie está en situación de tener las pesadillas que desearía.

Para aprehender la esencia del proceso histórico, o, mejor dicho, su *falta* de esencia, hay que rendirse a la evidencia de que todas las verdades que lleva consigo son verdades de error, y que lo son porque le atribuyen una naturaleza propia a lo que no la tiene, una substancia a lo que no sabría tenerla. La teoría de la doble verdad permite discernir el lugar que ocupa, en la historia de las irrealidades, la

historia, apoteosis aberrante, paraíso de los sonámbulos, obnubilación en marcha. A decir verdad, no está totalmente falta de esencia, puesto que es esencia de engaño, clave de todo lo que ciega, de todo lo que ayuda a vivir en el tiempo.

Sarvakarmaphalatyaga. . . Hace años, había escrito esta palabra embrujadora sobre una hoja de papel y pegado en la pared de mi cuarto de manera que pudiera contemplarla a todo lo largo del día. Ahí quedó durante meses hasta que la quité cuando me di cuenta de que me apegaba cada vez más a su magia y menos a su contenido. Y sin embargo, lo que significaba —*desprendimiento del fruto del acto*—, es de una importancia tal, que aquel que penetrase realmente en ella, no tendría más nada que hacer, puesto que habría llegado el único límite válido, el de la verdadera verdad que anula a todas las otras, vacías, vacía ella misma por otra parte, pero vacío consciente de sí mismo. Imaginemos una toma de conciencia suplementaria, un paso más hacia el despertar, y aquel que lo diera ya sólo sería un fantasma inclasificable.

Cuando se ha tocado esta verdad límite, se empieza a hacer un triste papel en la historia, que se confunde con el conjunto de verdades de error, verdades dinámicas cuyo principio, cual debe de ser, es la ilusión. Los despiertos, los desengañados, inevitablemente débiles, no pueden ser foco de acontecimientos porque ya vieron su inutilidad. La interferencia de las dos verdades es fértil para el despertar, pero nefasta para el acto. Marca el principio de una fisura, tanto para un individuo como para una civilización, e incluso para una raza.

Antes de despertar, se atraviesan horas de euforia como las que podría conocer un ángel ebrio. Pero después del abuso de ilusión viene la saciedad. El despierto está desapegado de todo, es el exfanático por excelencia que ya no puede soportar la carga de las quimeras, ya sean seductoras o grotescas. Está tan alejado de ellas que no entiende cómo pudo haberse encaprichado tanto. Gracias a ellas había podido brillar y afirmarse. Ahora, su pasado, igual que su futuro, apenas si le parece imaginable. Ha dilapidado su substancia a la manera de los pueblos que, entregados al demonio de la movilidad, evolucionan demasiado rápido, y que, a fuerza de liquidar a los ídolos, terminan por no tener más en reserva. Charron comentaba que en Florencia, en diez años, había habido más efervescencia y más trastornos, que en quinientos años en la región de los Grisones, y concluía que una comunidad no puede subsistir a menos de que consiga *acostar* al espíritu.

Las sociedades arcaicas duraron tanto porque ignoraban el deseo de innovar y de prosternarse siempre ante otros simulacros, y cuando estos cambian a cada generación, no se debe esperar una longevidad histórica. La antigua Grecia y la moderna Europa son los tipos de civilización atacadas de



muerte precoz a consecuencia de una avidez de metamorfosis y de un excesivo consumo de dioses y de sucedáneos de dioses. La China y el Egipto de antaño se empantanaron durante milenios en una magnífica esclerosis. Igual las sociedades africanas antes de su contacto con Occidente. También ellas se encuentran hoy amenazadas porque han adoptado otro ritmo. Habiendo perdido el monopolio del estancamiento, se apresuran cada vez más y se van a desbaratar sin remedio, como sus modelos, las civilizaciones afebradas, incapaces de extenderse más allá de una docena de siglos. En el futuro, los pueblos que alcancen una hegemonía gozarán aún menos, pues a la historia que se desarrolla lentamente se ha impuesto inexorable la historia jadeante. ¡Cómo no extrañar a los faraones y a sus *colegas* chinos!

Las instituciones, las sociedades, las civilizaciones difieren en duración y en significación estando sometidas a una ley que quiere que el impulso indomable, factor de su ascenso, se relaje y se asiente al cabo de un cierto tiempo, ya que la decadencia corresponde a un debilitamiento del delirio, ese generador de fuerza. Junto a los periodos de expansión, de demencia en realidad, los de decadencia parecen sensatos, y los son, incluso en demasía, lo que los torna tan funestos como a los primeros.

Un pueblo que se ha realizado, que ha dilapidado sus talentos, y ha explotado hasta el límite los

recursos de su genio, expía ese logro no dando ya más de sí. Ha cumplido con su deber, aspira a vegetar, pero, para su desgracia, no contará con el cansancio necesario al efecto. Cuando los romanos —o lo que de ellos quedaba— quisieron descansar, los bárbaros se precipitaron en masa. Se lee en los manuales sobre las invasiones, que los germanos que servían en el ejército y en la administración del Estado adoptaban nombres latinos, pero que a partir de las invasiones conservaron su nombre germano. Extenuados, en retirada de todos los sectores, los señores ya no eran ni temidos ni respetados. ¿Qué caso tenía llamarse como ellos? “Un fatal adormecimiento reinaba sobre todo”, observaba Salviano, el más acerbo censor de la delicuescencia antigua en su último estadío.

Una noche, en el metro parisino, miraba atentamente a mi alrededor: todos veníamos de otra parte... Entre nosotros, no obstante, dos o tres figuras de *aquí*, siluetas incómodas que parecían pedir perdón por encontrarse ahí. Idéntico espectáculo en Londres.

Hoy en día las migraciones no ocurren por desplazamientos compactos, sino por infiltraciones sucesivas: uno se insinúa poco a poco entre los “indígenas”, demasiado exhaustos y diferenciados como para rebajarse a la idea de un “territorio”. Después de mil años de vigilancia se abren las puertas... Cuando se piensa en las largas rivalidades entre franceses e ingleses, entre franceses y alemanes, se diría que todos ellos, al debilitarse recíprocamente, no tenían por misión sino apresurar la hora de la ruina común con el fin de que otros especímenes de humanidad vinieran a tomar el relevo. Igual a la antigua, la nueva *Volkerwanderung* suscitará una confusión étnica cuyas fases no pueden preverse con claridad. Ante esas jetas tan diversas, es inconcebible la idea de una comunidad con alguna homogeneidad. Incluso la posibilidad de una multitud tan heteróclita sugiere que en el espacio que ocupa no existía ya, entre los autóctonos, el deseo de salvaguardar ni siquiera la sombra de una identidad. En Roma en el siglo tercero de nuestra era, sobre un millón de habitantes, sesenta mil solamente habrían sido latinos de origen. Desde el momento en que un pueblo ha llevado a término la idea histórica que tenía por misión encarnar, ya no tiene ningún motivo para preservar su diferencia, para cuidar su singularidad, para salvaguardar sus rasgos en medio de un caos de rostros.

Después de haber regentado los dos hemisferios, los occidentales están a punto de convertirse en una burla: espectros sutiles, remates de raza, en el sentido propio del término, abocados a una condición de parias, de esclavos desfallecientes y blandos, condición a la que quizá escapan los rusos, esos *últimos* blancos, y todo porque todavía conservan el orgullo, ese motor, no, esa *causa* de la historia.





Cuando una nación ha perdido el orgullo y deja de sentirse la razón o la excusa del universo, se excluye a sí misma del devenir. Ha *comprendido*, para, según la óptica de cada quien, su fortuna o su desgracia. Y si causa desesperación en el ambicioso, fascina, por el contrario, al meditativo un poquitín depravado. Sólo merecen atención las naciones peligrosamente avanzadas, sobre todo cuando se mantienen relaciones turbulentas con el Tiempo y se da vueltas alrededor de Clío por necesidad de castigarse, de flagelarse. Por otra parte, es esta necesidad la que incita a la aventura, tanto a la gran aventura como a la pequeña. Cada uno de nosotros trabaja *contra* sus propios intereses, y no somos conscientes de ello mientras estamos actuando, pero examinemos cualquier época y veremos que se agitan y se sacrifican casi siempre por un enemigo virtual o declarado: los hombres de la Revolución por Bonaparte, Bonaparte por los Borbones, los Borbones por los Orleans. . . ¿Acaso la historia sólo inspira burla y no tiene objetivo alguno? Sí, tiene más de uno, tiene incluso muchos, pero los alcanza *al revés*. El fenómeno es universalmente verificable. Se realiza lo contrario de lo que se ha perseguido, se avanza en contra de la hermosa mentira que uno se ha propuesto; de ahí el interés por las biografías, el menos aburrido de los géneros dudosos. La voluntad nunca le ha servido a nadie: lo más discutible que se

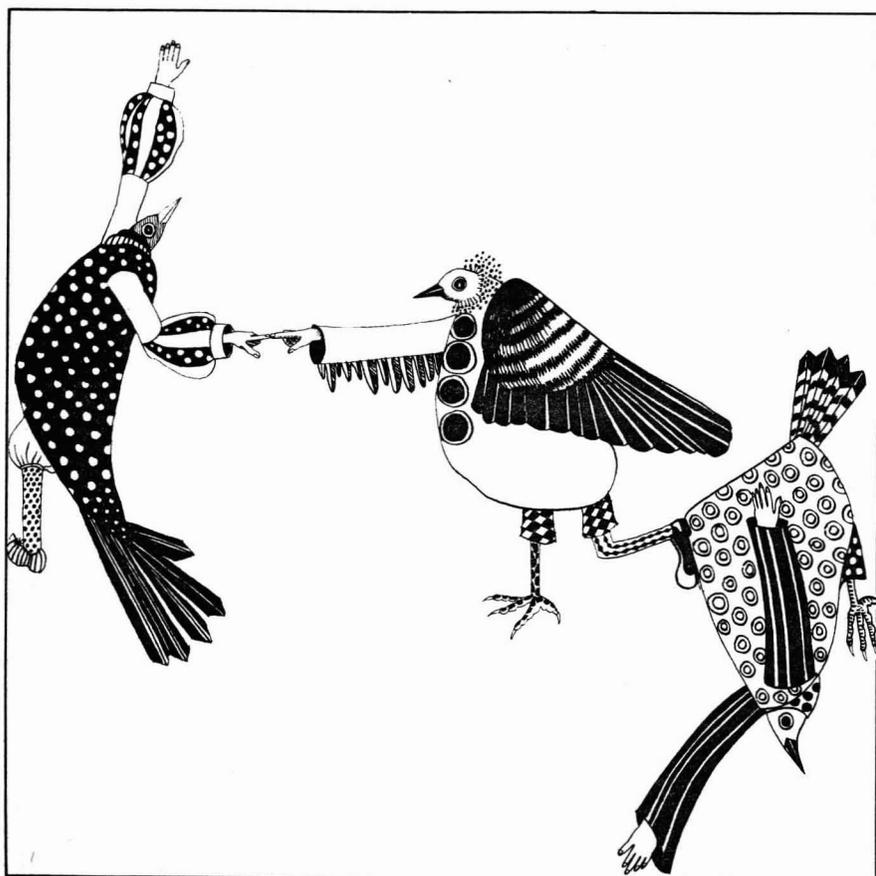
produce, es lo que más importaba, lo que más privaciones había costado. Esto es tan válido para un escritor como para un conquistador, para cualquiera, de hecho. Todo fin invita a tantas reflexiones como el fin de un imperio, o el del hombre mismo, tan orgulloso de haber accedido a la posición vertical y tan preocupado por perderla, por volver a su apariencia primitiva, por terminar, en suma, su carrera como la había comenzado: encorvado y peludo. Sobre cada ser pesa la amenaza de retroceder hasta su punto de partida (como para ilustrar la inutilidad del recorrido, de cualquier recorrido), y el que se sustrae a ella da la impresión de escamotear un deber, de rechazar la alegría de jugar el juego inventándose un modo de decaer por demás paradójico.

El papel de los periodos de decadencia es el de desnudar a una civilización, de despojarla de sus prestigios y de la arrogancia que resulta de sus logros. Así podrá discernir lo que valía y lo que vale, lo que había de ilusorio en sus esfuerzos y en sus convulsiones. En la medida en que se vaya apartando de las ficciones que aseguran su renombre, dará un paso considerable hacia el conocimiento. . . hacia el desencanto, el despertar generalizado, avance fatal que la proyectará fuera de la historia, a menos que se despierte por haber dejado simplemente de estar presente, de sobresalir en la historia. La universalización del despertar, fruto de la lucidez, fruto ella misma de la erosión de los reflejos, es signo de emancipación a nivel del espíritu, y de capitulación a nivel de los actos, de la historia precisamente, que se reduce a un estado de bancarrota: desde el momento en que se dirigen las miradas hacia ella se está en la situación de un espectador consternado. La correlación maquinal que se establece entre *historia* y *sentido* es el tipo perfecto de la verdad de error. La historia comporta, si se quiere, un sentido, pero ese sentido la cuestiona, la niega a cada instante, y la torna picante y siniestra, lamentable y grandiosa, irresistiblemente desmoralizadora. ¿Y quién la tomaría en serio si no fuera el camino mismo de la degradación? Sólo el hecho de ocuparse de ella dice bastante sobre lo que representa, la conciencia que de ella se tiene al ser, según Erwin Reisner, síntoma de fin de los tiempos (*Geschichtsbewusstsein ist Symptom der Endzeit*). En efecto, no se puede estar obsesionado por la historia sin caer en la obsesión por su fin. El teólogo reflexiona en los acontecimientos *con vista* al Juicio Final; el ansioso (o el profeta), con vista a una decoración menos fastuosa pero igualmente importante. Uno y otro dan por sentada una calamidad análoga a la que, según las tradiciones de los indios Delaware, proyectaban en el pasado y durante la cual no sólo los hombres rezaban de terror, sino hasta las bestias. ¿Y los periodos serenos, qué?, se dirá. Existen sin duda,



aún cuando la serenidad sea sólo una pesadilla brillante, un calvario *logrado*.

Imposible admitir con algunos que lo trágico sea la ley del individuo, y no de la historia. Lejos de salvarse, la historia está sometida, y más marcada que el héroe trágico, siendo la manera como terminará el centro de la curiosidad que suscita. La historia es apasionante porque sabemos por instinto qué sorpresas la acechan, y qué admirable salida le ofrece a la aprehensión. . . Para un espíritu advertido no le agrega, sin embargo, mucho a lo insoluble, al callejón sin salida original. Igual que la tragedia, la historia no resuelve nada porque nada hay que resolver. Siempre es locura espiar el futuro. Lástima que no se pueda respirar como si los acontecimientos, en su totalidad, estuviesen suspendidos. Cada vez que se dejan sentir un poco demasiado, se ve uno asaltado por un acceso de determinismo, de rabia fatalista. Con el libre arbitrio se explica únicamente la *superficie* de la historia, las apariencias que reviste, sus vicisitudes exteriores, pero no las profundidades, el curso real que conserva, a pesar de todo, un aspecto descorazonador, misterioso incluso. Uno se pregunta atónito por qué Aníbal, después de Canes, no cayó sobre Roma. Si lo hubiese hecho, hoy nos vanagloriaríamos de descender de los cartagineses. Sostener que el capricho, el azar, y,



por ende, el individuo, no juegan ningún papel, es una inepticia. Sin embargo, todas las veces que se encara el devenir en su conjunto, el veredicto del *Mahabarata* viene inevitablemente al espíritu: "El nudo del Destino no puede ser deshecho; nada en este mundo es el resultado de nuestros actos."

Víctimas de un doble encantamiento, atrapados entre dos verdades, condenados a no poder escoger una porque ya se quiere la otra, somos demasiado clarividentes como para no ser unos decepcionados más allá de la ilusión y de la ausencia de ilusión, cercanos a Rancé quien, prisionero de su pasado, consagró su existencia de eremita a polemizar con aquellos a quienes había abandonado, con los autores de libelos que ponían en duda la sinceridad de su conversión y lo bien fundado de sus empresas, enseñando con ello que era más fácil reformar la Trapa que abstraerse del siglo. De la misma manera, nada tan fácil como apartarse de ella cuando es de ella de donde se emerge, y cuando no es posible olvidarla. La historia es el obstáculo para la revelación última, barrera que se franquea únicamente si se ha percibido la nulidad de cualquier acontecimiento, salvo de aquel que representa esa misma percepción y gracias al cual se alcanza por momentos la verdad verdadera, es decir, la victoria sobre todas las verdades. Entonces se entiende la frase de Momsen: "Un historiador debe ser como Dios, debe amarlo todo y a todos, incluso al diablo." En otras palabras, dejar de preferir, ejercitarse en la ausencia, en la obligación de no ser nada más. Es permitido imaginarse al liberado como a un historiador súbitamente atacado de intemporalidad.

Sólo podemos escoger entre verdades irrespirables y supercherías saludables. Sólo las verdades que no permiten vivir merecen el nombre de verdades. Superiores a las exigencias del ser vivo, no consisten en ser sus cómplices. Son verdades "inhumanas", verdades de vértigo, y que se hacen a un lado porque nadie puede abstenerse de apoyos disfrazados de slogans o de dioses. Lo que es lastimoso es ver que en cada época son los iconoclastas, o los que se pretenden tales, los que tienen más recursos. El mundo antiguo debió de estar muy afectado como para necesitar de un antídoto tan aterrador como el que iba a administrarle el cristianismo. El mundo moderno está igual, a juzgar por los remedios de los que esperan milagros. Epicuro, el sabio menos fanático, fue y es el gran perdedor. Es sorprendente y aterrador escuchar a los hombres hablar de liberar al Hombre. ¿Cómo esclavos liberarían al Esclavo? ¿Y cómo creer que la historia —procesión de errores— pueda arrastrarse aún por mucho tiempo? La hora de cerrar sonará pronto en los jardines de todas partes.

* Este ensayo fue publicado en la NRF en mayo de 1977